

PALMIRA O LA SABIDURIA DE LA ANTIGÜEDAD

En la Real Biblioteca se conserva una obra de relieve sobre la antigua ciudad siria de Palmira, llamada desde tiempos pretéritos «la perla del desierto». Se trata de la obra del anticuario y político inglés Robert Wood, impresa en Londres en 1753 tanto en inglés como en francés. El ejemplar de la RB (VIII/M/137) corresponde a la tirada en francés. Mantiene su encuadernación original en becerrillo avellana con la lomera cuajada y lleva el exlibris de Fernando VII, una marca de propiedad adherida a multitud de volúmenes de la biblioteca palatina hacia 1817, por lo que podemos inferir que su ingreso es anterior. La obra de Wood aparece, efectivamente, referenciada en los índices de la librería de Carlos IV (1799-1801), concretamente en el volumen tercero (II/2613, sin foliar), donde se asienta con el título de «Ruines de Palmyre...» y sin mención de autor, cuyo nombre no figura en la portada sino en la firma del prefacio. Dado que *Les ruines de Palmyre* no constan en el inventario correspondiente a los libros de Carlos IV cuando era Príncipe de Asturias (1782-83, RB II/2615), ni en los de Carlos III (II/2948 y su *Suplemento*, en II/2072), podemos concluir que se adquirió para Carlos IV entre 1783 y 1799.

Les ruines de Palmyre, autrement dite Tedmor, a u desert (Londres, Chez Millar, 1753), pese a su formato, no es libro frecuente en bibliotecas históricas de España. Aparte del ejemplar de la Real Biblioteca, solo se localizan otros representantes de la misma edición en seis sedes: la Biblioteca Nacional (er/1198), la Biblioteca Histórica de Santa Cruz de Valladolid, la Biblioteca del Senado, la de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la del Ministerio de Asuntos Exteriores y la Biblioteca de la Universidad de Navarra.

Robert Wood, nacido hacia 1717 y formado en la Universidad de Glasgow, pronto se sintió fascinado por los relatos homéricos. Esa atracción le llevó a viajar asiduamente por el Mediterráneo. A partir de 1742 inició una serie de viajes que incluyeron estancias en Venecia, Grecia y Egipto. En 1750, acompañado por dos eruditos de Oxford, James Dawkins y John Bouverie, que moriría de fiebres en el trayecto, partió hacia Palmira, a donde llegó en marzo de 1751. Se les sumó el dibujante italiano Giovanni Battista Borra, cuyo trabajo fue decisivo en el resultado final de *Les ruines*. Visitaron también Baalbek, antigua ciudad situada en el Líbano, emplazamiento asimismo de restos muy importantes de edificaciones romanas. Fruto de estos trabajos son las ediciones de 1753 sobre Palmira y la posterior de 1757 sobre Baalbek. Ambas son fundamentales en lo relativo al primer conocimiento de la arquitectura antigua de Oriente Medio en Europa e influyeron en la consolidación del neoclasicismo arquitectónico durante el resto de centuria.

Tras sus numerosos viajes, Robert Wood desempeñó altos cargos políticos en Gran Bretaña, donde llegó a ser miembro del Parlamento desde 1761. Pero su interés por Homero no decayó nunca y en 1765 publicó un ensayo sobre el poeta. Tuvo estrecha relación con Horace Walpole, quien lo definió como un excelente erudito clásico y elogió sus ediciones. Wood falleció en 1771, pero su obra siguió reeditándose y acabaría reunida en una edición conjunta por vez primera en 1827. Las inscripciones que figuran en los grabados de la obra sobre Palmira fueron editadas de forma independiente, y con traducción al inglés, en un estudio de 1830. La influencia de la obra de Wood se observa en otras posteriores como el *Voyage pittoresque de la Syrie* de Louis François Cassas (1799), o en el viaje de Volney, *Voyage en Syrie et en Égypte...*

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

(Paris, 1787; RB iv/2457-58). La deuda es tan notable que Volney comenta en su *Voyage* la expedición de Wood, repasa su obra y reproduce la gran vista de la ciudad que apareciera en *Les ruines* si bien en formato muy reducido para acomodarla al octavo de la edición (cfr. vol. II, p. 255ss).

Tras el prefacio de presentación de Wood, *Les ruines* prosiguen con una disertación copiosamente anotada sobre la ciudad en la Antigüedad. Se ocupa a continuación de las inscripciones y termina con un breve relato del viaje que le llevó a Palmira. Sigue la parte iconográfica, las cincuenta y siete calcografías que con exquisito gusto muestran vistas generales y parciales de los templos y edificios, plantas, detalles de las columnas y sus capiteles, frisos, suelos, etc. Muchos de estos grabados que reproducen piedras talladas crearon tendencia artística y no pocos interiores de palacios, palacetes y grandes mansiones dentro y fuera de Gran Bretaña, recrearon en su decoración el estilo que reproducían las láminas incluidas en *Les ruines de Palmyre*. En la realización de las planchas intervinieron cuatro grabadores: Pierre Fourdrinière, Tobias Müller, Thomas Major y Louis Chambaud. Todos trabajaron sobre los precisos y preciosos dibujos de Giovanni Battista Borra (1713-1770). La elección de Borra fue muy afortunada pues llevaba veinte años dedicado al dibujo de arquitectura y era un arquitecto-ingeniero avezado en la historia de la arquitectura civil. Sus dibujos de la expedición a Palmira se conservan hoy en el Royal Institute of British Architects, y los sketchbooks realizados en sus viajes perviven en la Society for the Promotion of Hellenic Studies de Londres.

El apogeo de Palmira está unido al de la Ruta de la Seda, por más que ya tuviera dos mil años de historia para entonces. Tras ser conquistada por Alejandro Magno, recibió la gran influencia helenística de los seleúcidas, sucesores del macedonio. Al convertirse en provincia romana y decaer Petra, la capital nabatea, floreció como nudo comercial y cosmopolita, hasta que, convertida la región en provincia romana, con capital en Antioquía, se benefició de un desarrollo urbanístico fruto de la prosperidad referida. Pasada la mitad del s. III, y tras el asesinato de su gobernador, Septimio Odeonato, su viuda Zenobia, heroína popular, se erigió en reina. Guerreó contra Roma tras convertir el territorio en un imperio con capital en la propia ciudad, agrupando tierras de Siria-Palestina, de Egipto y otras zonas colindantes. Su gobierno fue efímero: en el año 273 el emperador Aureliano volvió a controlar toda el área tras apresar a la mítica Zenobia y sofocar una segunda revuelta. En el año 634 la tomaron soldados del recién nacido Islam, pero entonces fue respetada y sobrevivió hasta el terremoto del año 1089, que supuso el fin del asentamiento porque no volvió a poblarse.

Con posterioridad a Wood tuvo Palmira otra ilustre visitante inglesa, lady Hester Stanhope (1776-1839), viajera romántica que acabó residiendo entre los restos de la misteriosa ciudad, por lo que sería llamada «la reina blanca de Palmira». Al mito de Zenobia se sumó el suyo, haciendo de Palmira para el occidental contemporáneo una ciudad fascinante de la Antigüedad a mitad de camino entre la historia y la leyenda.

Los grabados de la obra de Wood son fiel reflejo del aspecto de Palmira a mediados del XVIII. Junto a los restos de sus edificios, así se conservaba hasta nuestros días que han sido testigos de la bárbara destrucción de los templos de Baalshamin y de Bel. El primero se dedicaba al culto de Baal, dios de la lluvia y la fertilidad entre los cananeos, sus principales adoradores. Su culto se remonta al tercer milenio antes de Cristo y de hecho, Baalbek, la ciudad antigua que visitaron Wood y Borra en su expedición tras su paso por Palmira, tiene su origen en asentamientos cananitas que dejaron su rastro en la

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

toponimia de la ciudad. El templo de Bel, erigido el año 32 d. C., sustentado en sus enormes columnas, se había mantenido en pie hasta ahora. Ambos, con dos mil años de edad, han dejado de existir al igual que el denominado «León de Al-Lat», poderosa figura hoy solo existente en fotografía. Con tres metros de altura y quince toneladas de peso, recibía orgulloso al visitante del Museo de Palmira, a sus puertas, desde que en 1977 hubiera sido descubierto. Tras superar los veinte siglos de historia, fue objeto de una destrucción de minutos alentada por el fanatismo religioso este año de 2015. El mismo triste destino han sufrido el Museo de Mosul, Hatra y Nimrud.

Valgan estas líneas de homenaje a Palmira y su cultura grecolatina que contrasta de forma hiriente con la incultura fanática de quienes están destruyendo la que se llamó desde antiguo «perla del desierto».

Jaled Asaad in memoriam

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)